



Cuando los preceptos religiosos, de cualquier creencia, alimentan un manual de sentido común, cuesta entender por qué estando tan cerca podemos llegar a vernos tan lejos. Esta semana el capellán **Joan Costa** dio una charla en el IESE sobre la humildad, una virtud moderadora según las creencias católicas. Pero la definición importa menos que el lugar que ocupa. El conjunto de la intervención del párroco del Roser de Barcelona podía identificar perfectamente la silueta de nuestra sociedad, en la que la ausencia de esa humildad ha construido un modelo soberbio, donde el personalismo autosuficiente rechaza las peticiones y las necesidades del colectivo como prioritarias.

Y ese modelo, fracasado en las vías de la economía y de lo social, tiene una centralidad masculina. Cuando a esta fórmula, que premia a la persona conseguidora y a la que nunca se considera en deuda, se contraponen a todo aquello que define la humildad surge otra cara de la moneda con un valor diferente porque diferente es la divisa en ella grabada. El modelo que la mayoría de mujeres ha utilizado como base de su vida se identifica con la humildad,

DEFENSORA DE LA IGUALDAD



EVA
Peruga

Sociedad soberbia, sociedad desigual

cito a **Costa**, que «nos enseña a ver con los ojos de los demás». Desde su creencia y su perspectiva católica, la disquisición del párroco se detiene unos momentos en las madres, como fuente de acogida desde el ejercicio de la humildad: «Cabes en mi corazón, en mi cuerpo y en mi mente». Toda una filosofía que nos enumera las claves de por qué y quienes están en disposición de reflexionar habida cuenta de que la crisis nos obliga a hacer una profunda revisión de ese paradigma que recuerda a la antigua Grecia, donde la excelencia era la fortaleza, el dominio lo mejor, mientras la humildad se consideraba de esclavos.

La empatía y el compromiso deberían guiar esa nueva forma de ha-

cer las cosas que se puede poner ya en marcha con la atención y la escucha a las personas que más sufren el seísmo económico: las mujeres. Ese tropel de esclavas modernas dibuja las líneas rojas pisoteadas por una soberbia sin límites de los que creen llevar siempre la razón. De las féminas debe imitarse esa humildad que empuja al origen, que acerca a la tierra, y reparte realidad entre las debilidades y la conciencia de las insuficiencias de todas aquellas personas que algo pueden hacer para que la igualdad entre hombres y mujeres no sea una cuestión de fe. Solo desde la humildad se puede entender uno de los mensajes lanzados en la campaña *Hay salida* del Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad

contra la violencia de género: «Si la maltratas a ella, me maltratas a mi». Ver con los ojos de los demás.

Ver y aprender de las conquistas de las mujeres, en otros países tal vez, que han abierto caminos y sembrado semillas diferentes a las que han acabado aquí por intoxicarnos. La sociedad de la soberbia no está dispuesta a admitir que las mujeres aguantan la estructura que cruje porque las cuentas quieren seguir sin entender de género, que la violencia aumenta sobre las personas desprotegidas y que la lucha por los derechos de ellas no se puede aplazar más.

La forma de abordar la prosperidad y la pobreza, así como su encuadre por género, debería ocupar unas cuantas horas del debate mundial si es que, en realidad, queremos evitar otra cadena de errores de soberbia. La ausencia de enfoques más allá de los estrictos porcentajes y de la espuria pelea puede condenar para siempre a las mujeres a vivir en los márgenes de la sociedad. Necesitamos dirigirnos con algo llamado humildad o simplemente X. ≡